

# SEÑORES DEL CAOS



**Michael Moynihan y Didrik Søderlind**

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*Lords of Chaos*  
Feral House  
Port Townsend, 2003

ES POP ENSAYO Nº 6  
1ª EDICIÓN: NOVIEMBRE 2013  
2ª IMPRESIÓN: JUNIO 2021  
1ª EDICIÓN EN RÚSTICA: MARZO 2023

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Original English language edition published by Feral House.  
Published by arrangement with Feral House.  
© 1998, 2003 by Michael Moynihan & Didrik Söderlind  
© 2013 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2023 de esta edición: Es Pop Ediciones

REVISIÓN DE FERROS:  
Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design a partir del diseño  
original de Sean Tejaratchi

PORTADILLA Y COLOFÓN:  
Miguel Porto

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-17645-21-2  
Depósito legal: M-4113-2023



# ÍNDICE

PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN . . . . .	7
PREÁMBULO: HACIA ESA OSCURIDAD . . . . .	12
I. SIMPATÍAS POR EL DIABLO . . . . .	17
2. MUERE EL DEATH METAL, LLEGA EL BLACK METAL . . . . .	42
3. UN ESTALLIDO EN EL CIELO DEL NORTE . . . . .	51
4. CAOS EN LA ZONA MUERTA . . . . .	65
5. BIENVENIDOS AL INFIERNO . . . . .	81
6. CENIZAS . . . . .	99
7. SILENCIOS DE MUERTE . . . . .	129
8. CONDE QUISLING . . . . .	165
9. ATAVISMO RESURGENTE . . . . .	217
10. SUS SATÁNICAS MAJESTADES . . . . .	238
II. FUROR TEUTONICUS . . . . .	296
12. SEÑORES DEL CAOS . . . . .	333
13. RAGNARÖK . . . . .	377

## APÉNDICES

I. NOSOTROS PRENDIMOS LOS FUEGOS POR FINN BJØRN TØNDER . . . . .	411
II. OSKOREI POR KADMON . . . . .	415
III. SATANISMO EN NORUEGA POR SIMEN MIDGAARD . . . . .	427
AGRADECIMIENTOS . . . . .	431
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	435
NOTAS . . . . .	439



# PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN

*Señores del caos* fue documentado y escrito entre los años 1994 y 1997, y se publicó en 1998, convirtiéndose casi de inmediato en una sensación subcultural. Nos resultó en cierto modo sorprendente que consiguiera captar el interés de un rango de lectores tan asombrosamente amplio. El libro ha sido celebrado como una revelación tanto por fans del *underground* como por académicos desde sus torres de marfil. Muchas personas que por lo demás no tendrían el más mínimo interés en un tema como el black metal se han dejado fascinar por este inframundo secreto. Ejecutivos bien vestidos han sido avistados leyendo el libro en el metro de Londres.

El interés no se detuvo ahí. En la convención nacional de editores de Estados Unidos, *Señores del caos* ganó el ansiado premio Firecracker de la prensa independiente al «mejor libro musical» del año. Fuimos abundantemente entrevistados por los medios convencionales tanto en Europa como en toda Norteamérica e intervinimos en artículos de revistas, documentales televisivos y programas de radio, abarcando todo el espectro que va desde Howard Stern a las emisoras cristianas. En poco tiempo nos habíamos convertido en expertos *de facto* en el moderno fenómeno de la «violencia juvenil inexplicable». El día del tristemente célebre tiroteo en Columbine, un programa de noticias de una importante cadena de radio nos pidió que aportáramos comentarios en directo como parte de su esfuerzo por ayudar a los oyentes a comprender los motivos reales tras un suceso tan brutal y aparentemente carente de sentido.

A principios de este año, se editó una largamente esperada edición alemana de *Señores del caos*, acompañada por un doble CD recopilatorio que aportaba una banda sonora a los contenidos del libro. En todo un despliegue mediático, ambos lanzamientos acabaron siendo ampliamente reseñados por toda Europa; artículos a toda página sobre la historia del

black metal aparecieron en los medios más insospechados, desde diarios de información general hasta el *Financial Times*, el equivalente británico del *Wall Street Journal*. Cuando llegó el aniversario del sangriento tiroteo en la escuela alemana de Erfurt, nuestros comentarios al respecto aparecieron en editoriales de periódicos.

En esencia, *Señores del caos* es un libro radical. Radical en el verdadero sentido de la palabra (derivada del latín *radix*, «raíz»), pues explora las raíces del asunto a tratar sin apartar la mirada. Nuestra tarea no es juzgar a nuestros sujetos; esperamos que los lectores tengan la inteligencia necesaria para hacerlo por sí mismos. Esta reticencia a criticar abiertamente a aquellos a los que entrevistamos y documentamos ha sido, en ocasiones, fuente de consternación para ciertos reseñistas que albergan propósitos moralistas y que afirman que, al haber renunciado a interpretar «adecuadamente» (es decir, de una manera políticamente correcta) el material para el lector, estamos dando pábulo a ideas potencialmente peligrosas. En cierto sentido, puede que tengan razón. Nuestro mundo, cada día más homogeneizado y en el que todo el espectro de creaciones culturales ha sido adulterado para facilitar su consumo masivo, necesita más que nunca ideas peligrosas. Puede que no necesite las ideas a menudo destructivas y mal formadas expresadas por algunos de los protagonistas de *Señores de caos*, pero en todo momento pensamos que ésta es una cuestión cuya decisión debe quedar en manos del lector.

Sin embargo, en ocasiones simplemente no pudimos resistirnos a comentar los puntos de vista de nuestros entrevistados, como por ejemplo: la afirmación de que Noruega está controlada por una conspiración judía (realizada por Varg Vikernes y algunos de sus compañeros de viaje). La idea de que una cábala judía en plan «Protocolos de los Sabios de Sión» controle el mundo ya es absurda de por sí, pero muchísimo más en un país que apenas cuenta con población judía, un dato que sentimos la necesidad de señalar. En muchos casos, el lector también descubrirá que las declaraciones más descomedidas de ciertos individuos rápidamente se ven contrastadas y mostradas desde una perspectiva distinta por parte de otros entrevistados.

No pretendemos ofrecer ninguna razón fácil que explique por qué tuvieron lugar estos sucesos ni por qué continúan ocurriendo. No hay una respuesta única o sencilla. A pesar de que varios de los hechos que encontrarán en estas páginas pueden atribuirse al sempiterno impulso de rebelión adolescente, indudablemente existieron y siguen existiendo motivos más profundos, cierta energía que se convulsiona y entra en erupción desde el subsuelo, desde las raíces.

Algunos críticos nos han acusado de enfatizar en exceso la retórica política extremista que caracteriza a algunos de los sectores de la escena black metal. La implicación es que actuamos movidos por motivos siniestros. Un ejemplo es el de Hendrik Möbus, del grupo alemán Absurd (cuyas hazañas aparecen detalladas en el Capítulo 11). Möbus fue un punto focal evidente para nosotros, ya que, en muchos aspectos, este volumen acabó siendo una crónica criminal. Pero también aquí podemos ver los efectos de *Señores del caos*. En la entrevista que nos concedió para la primera edición, Möbus realizó numerosas declaraciones recalcitrantes y, en más de una ocasión, se nos acusó de haber cometido el error de darle a una figura desconocida e insignificante una plataforma desde la que expresar puntos de vista políticos extremistas. Según resultó luego, muchas de las declaraciones de Möbus fueron en última instancia utilizadas como pruebas en su contra durante un posterior proceso legal que terminó con una condena adicional por un delito de escarnio público contra la víctima de su crimen. Pero el asunto no acaba aquí. Para evitar que lo enviaran de nuevo a la cárcel, Möbus huyó del país y voló a Estados Unidos, donde fue amparado por el doctor William Pierce, autor del notorio *Los Diarios de Turner* y director de la Alianza Nacional, ampliamente considerada la organización racista más seria y «potencialmente peligrosa» del país. Poco después, Möbus fue aprehendido por las autoridades norteamericanas y extraditado a Alemania. La figura desconocida e insignificante había alcanzado para entonces la categoría de notorio fugitivo internacional, con la que saltó a los titulares de los principales periódicos. Estos sucesos demuestran que nuestra atención estuvo justificada.

No cabe duda de que la situación se ha calmado ligeramente en el mundillo del black metal, al menos en lo que a las actividades extramusicales se refiere. La popularidad de la música no parece haberse reducido; de hecho, ha pasado a suponer una buena fuente de ingresos para la industria de la música noruega y de la música *underground* en general. Los principales grupos venden una cantidad notable de discos y atraen a multitud de seguidores a sus amplias giras mundiales. El sencillo de Satyricon “Fuel for Hatred” fue ampliamente radiado en una de las tres principales emisoras de radio de Noruega y, justo antes de que esta edición revisada entrase en imprenta, supimos que el nuevo álbum de Dimmu Borgir había sido presentado al público mediante anuncios en la tele. Hoy en día la mayor parte de los principales representantes del género no tiene el menor interés en cometer crímenes. Son perfectamente conscientes de que cuentan con un producto comercial y artísticamente viable que pueden vender, y se toman sus carreras musicales en serio. A pesar del morbosos caché que

pueda otorgarle a la reputación de uno en los bajos fondos, estar encerrado en una celda no facilita ni el grabar ni el tocar música; en otras palabras, ganarse la vida.

En cualquier caso, sucesos recientes en Finlandia y Noruega demuestran que el black metal sigue siendo capaz de inspirar temor y aprensión. Entre las nuevas secciones de esta edición revisada destaca una crónica de los crímenes particularmente escabrosos cometidos cerca de Helsinki por un grupo de jóvenes «blackmetaleros», cuyos detalles fueron en su gran mayoría omitidos por las autoridades por temor a incidentes imitativos.

Más recientemente, en junio de 2003, el black metal regresó a las primeras planas de Noruega. Un hombre de 26 años que en el pasado había sido miembro de un grupo relativamente desconocido de black metal fue arrestado con relación a un caso que necesariamente iba a capturar la imaginación de la nación. Acompañado de otros compatriotas más jóvenes, el exbajista irrumpió en una capilla en la que varios cadáveres aguardaban el momento de ser incinerados. La camarilla abrió los ataúdes y maltrató los cuerpos de los difuntos —cortándolos, golpeándolos y pisoteándolos—, además de realizar actos de vandalismo contra la propia capilla. El cadáver de un anciano fue decapitado y la cabeza cercenada llevada a una fiesta, donde fue exhibida públicamente. El grotesco souvenir fue recuperado posteriormente en el sótano de un joven que ignoraba por completo que alguien lo hubiera depositado allí.

Los resultados fueron predecibles: el caso dominó la prensa durante días e incluso pareció eclipsar asesinatos de individuos vivos e importantes acontecimientos mundiales. En un ataque de histeria, la prensa amarilla metió la directa para especular si las profanaciones no habrían formado parte de ritos satánicos. Algunos abogaron por la prohibición del black metal.

Como era de esperar, las noticias sobre el caso dejaron de lado varios elementos clave. En realidad, el culpable ni siquiera formaba parte ya del mundillo del black metal. Hacía tiempo que había sido despedido de su grupo por motivos musicales, y se trataba de semejante marginado que toda la escena en general había acabado más o menos por dejarlo de lado. El abuso constante de drogas como el éxtasis y el GHB probablemente no contribuyera a mejorar su lamentable situación. Es más probable que los principales motivos tras su comportamiento extremo fuesen psicológicos y farmacológicos antes que musicales o relacionados con el satanismo.

Pero una cosa había cambiado en la década transcurrida desde la primera vez que el black metal conmocionó a Noruega. Una vez superados aquellos escándalos tempranos, ha pasado a ser un género musical respetado por

la crítica y comercialmente atractivo; la ventaja es que ahora la subcultura cuenta con personas dispuestas a defenderla en los medios tradicionales. «Nadie en el mundillo ganaría reputación por cortarle la cabeza a un cadáver», afirmó un prominente DJ radiofónico que pincha cantidad de black metal. A pesar de que la frase sirve como una buena cita para repetirla en las noticias, tampoco es más cierta que las diatribas de los tabloides que pintan a todos los metaleros como violadores de cadáveres en potencia.

Una parte significativa del atractivo y la relevancia del black metal no deriva de los logros ni de la originalidad musical de los artistas vinculados a este estilo. Los crímenes macabros han contribuido a su atractivo tanto como la música, puede que incluso más. Y a pesar de que la mayoría de los blackmetaleros son ciudadanos respetuosos con la ley, difícilmente podrán afirmar que el elemento criminal representa únicamente a una pequeña porción de seguidores confusos. Los responsables de los asesinatos, incendios y demás delitos han sido a menudo algunos de los principales cabecillas y agitadores de la movida. Una característica subrayada por el hecho de que las principales revistas de black metal publican artículos que tratan a verdaderos asesinos como si fuesen simpáticas celebridades o directamente héroes.

Esta nueva edición de *Señores del caos* ha sido revisada y corregida en varios lugares, se han actualizado capítulos y se han añadido otros nuevos, así como entrevistas e ilustraciones. En cualquier caso, se ha preservado el formato y la mayor parte del texto de la edición original, pues sentimos que captan bien el salvaje mundo del black metal y la que sin duda ha sido la saga más extraña jamás contada en la historia de la música popular. En ella, la sangre, el fuego y la música fueron los volátiles ingredientes que alimentaron una explosión alquímica que todavía sigue reverberando ruidosamente en la cultura del Apocalipsis del mundo moderno.

**Michael Moynihan y Didrik Söderlind**  
**Los Ángeles y Oslo, julio 2003**



# PREÁMBULO: HACIA ESA OSCURIDAD

DE UNA TIERRA DEVASTADA  
NUEVAS FORMAS SE ALZARÁN  
PERO LO QUE AL PRINCIPIO OFENDE A NUESTROS OJOS  
SERÁ AL FIN CONTEMPLADO COMO UN BIENVENIDO NACIMIENTO.

¿CUÁNTO TIEMPO LLORAMOS EN VANO  
DURANTE LAS LARGAS NOCHES INTERMINABLES?  
NI SIQUIERA SEGUNDOS.  
EN LA OSCURIDAD, NADIE LLORA EN VANO  
SÓLO SOMOS INCAPACES DE VER.

LAMENTAMOS LAS RUINAS FRENTE A NUESTROS OJOS  
Y NOS CUBRIMOS CON CENIZAS  
Y NO VEMOS AL FÉNIX  
ENTRE LAS LLAMAS.

¿TODAVÍA LLORÁIS?  
¿TODAVÍA SEGUÍS LLORANDO?

—TARJEI VESAAS. «EL PÁJARO EN LA LLAMA»<sup>1</sup>  
*TIERRA DE FUEGOS ESCONDIDOS*

Abril, 1997 (Oslo). Los titulares de los diarios de la nación anuncian a bombo y platillo el descubrimiento de una siniestra trama para asesinar a políticos progresistas y líderes religiosos noruegos. Los perpetradores, armados no sólo con pistolas sino también con notables cantidades de dinero, planeaban al parecer otro tipo de acciones más allá de su lista de magnicidios. En su agenda tienen la liberación de un camarada encarcelado, al que esperan ser capaces de sacar sano y salvo del país. ¿Se trata dicho prisionero de guerra de otro nacionalista extremista con una larga historia

de activismo político soterrado como el de ellos? No. Es un joven de 24 años llamado Varg Vikernes, el músico de black metal más ignominioso del mundo.

El camino que conduce desde el mundillo de la música pop hasta el del terrorismo político es tortuoso. Ésta no es la primera vez que el rock and roll se envuelve en un manto revolucionario, pero sí la muestra más fanática e intransigente vista hasta el momento. Además, sólo es la punta del iceberg. Sometido a un escrutinio más intenso, el plan para liberar a Varg Vikernes pasa a ser únicamente el capítulo más reciente en una de las sagas más extrañas y escabrosas de la historia de la música. Una sobre la que, hasta ahora, apenas se había escrito.

Los anales del black metal están preñados de violencia, una violencia que va de la autoinfligida mediante escopetazos suicidas a los asesinatos a sangre fría y a cuchilladas. El número total de muertes a nivel global resulta difícil de calcular, pero la naturaleza frenética de los crímenes les otorga una esencia inconfundible. Por despiadados que hayan sido los asesinatos, la campaña continua de incendios provocados en iglesias añade al arsenal del black metal el terror psicológico y la intimidación religiosa. Es un legado compuesto por innumerables cadenas de retórica virulenta, del satanismo al fascismo; algunas de sus afirmaciones son puro teatro, otras están pronunciadas con mortal seriedad. Si levantamos el oscuro velo que cubre al género descubriremos la existencia de un par de individuos verdaderamente fanáticos entre numerosos farsantes; la cuota de personajes caricaturescos se ve compensada por unos cuantos «demonios» genuinos en forma humana. Todos comparten el deseo común de ir osadamente más allá de los perímetros de lo socialmente aceptable, ya sea en imagen o con los hechos, para clavar desafiantemente sus banderas. Y eso precisamente es lo que consigue el militante sonido del black metal: una rugiente cacofonía de dimensiones alteradoras de la conciencia. El black metal adopta el esquema básico de las cepas más duras del heavy y lo concentra en una astilla roma y envenenada de odio aural. Como para confundir aún más al oyente incauto, algunas bandas de black metal también han optado por grabar sonidos que podrían ser adecuadamente descritos como «bellos» y se han adentrado en terrenos como el de la electrónica *ambient*, el folk tradicional e incluso la música neoclásica.

La música rock siempre ha contenido las semillas de lo prohibido. A medida que fueron pasando las décadas, el negocio creció y las empresas multinacionales que acabaron controlándolo no podían permitir que tales semillas se desarrollaran en cepas y viñas descontroladas. A la vez que se iba convirtiendo en producto, vendido a través de interminables anuncios en

las revistas y mediante vídeos de relumbrón, el rock ha seguido cultivando cuidadosamente una fachada de pseudorrebelión. En cualquier caso, el «jardín de las delicias» del rock está bien gobernado. Y, sin embargo, existen aquellos que intentan derribar sus muros para permitir que rejuvenezca en los fértiles campos, regados con sangre, del peligro real.

El heavy metal existe en la periferia de la música pop, aislado en su exagerada imaginерía y como un desahogo para los deseos masculinos. A menudo ignorado, despreciado o castigado por críticos y padres, el heavy se vio obligado a crearse un ámbito propio. Se rige según sus propias reglas y sigue sus prerrogativas estéticas. Nacida del nihilismo de los setenta, su música ha seguido una evolución singular. Ahora, a finales de los noventa, a menudo se la considera pasada e irrelevante, como un desfile carnavalesco de los peores rasgos del rock. El metal ha dejado de ser una presencia constante en las FM y tampoco las discográficas siguen promocionándolo como antaño. Viendo MTV y leyendo revistas de música popular, uno podría incluso llegar a la conclusión de que ha dejado de existir.

Los rumores de su defunción, en cualquier caso, han sido enormemente exagerados, pues la escena metalera bulle y borbotea en todo el mundo. Abandonado a su cuenta y riesgo y relegado a sellos independientes dirigidos por fans acérrimos, el metal ha podido desarrollar sus tendencias más antisociales y agresivas sin el lastre del escrutinio y el balance moral que la sociedad aporta —aunque sea de manera tenue— a otros movimientos musicales significativos.

En Europa, el heavy metal siempre ha conservado cierto nivel de popularidad, a pesar de su condición marginal a ojos del gran público. En el lejano norte de aquel continente, la naturaleza volcánica del metal extremo fue a dar con los climas helados de Noruega y Suecia; el resultado fue una creación de proporciones extremadamente volátiles: el black metal. El Norte, rígidamente controlado por los elementos naturales y marcado por unas estaciones dominadas por el frío y la oscuridad, proporcionó irónicamente un entorno desolado en el que la chispa del black metal prendería, reuniendo tropas y armas para una futura guerra impía.

El rock and roll ha ido desde hace tiempo en contra de muchos de los principios básicos del cristianismo, pero el heavy metal minoritario llevó esta característica hasta su máxima expresión. El cristianismo no debía ser erosionado lentamente mediante continuas incursiones de inmoralidad creciente, sino más bien desarraigado abruptamente e incinerado por completo. El black metal proporcionaría soldados de a pie dispuestos a lanzarse de cabeza a la batalla, enarbolando teas con las que prender fuego a las catedrales e iglesias de Europa.

Las justificaciones que suelen darse para esta ofensiva son numerosas. Algunos declaran su lealtad a Satanás, el antiguo enemigo de Cristo, y honran su nombre mediante canciones y en la práctica. Otros extraen fortaleza de las antiguas costumbres paganas y afirman estar retomando una batalla que quedó inconclusa hace 1.000 años cuando la cristianidad invadió Europa. «*A furore normannorum, libera nos, Domine*. Del furor de los norteños, líbranos, Señor. Era una letanía que no necesitaba ser preservada en vitela. Había quedado grabada en los corazones de los hombres allá donde tal furor se hubiera hecho sentir»<sup>2</sup>, escribió Gwyn Jones en su *Historia de los vikingos*. Tales sentimientos, expresados por los primeros padres de la Iglesia, siguen siendo hoy tan relevantes como entonces.

San Columba, fundador en el año 563 del monasterio de Iona, en las Islas Británicas, auguró una sombría profecía relacionada con la instauración de la nueva religión de la paz. Según la hagiografía de Manus O'Donnell, la conciencia del Santo se vio perturbada por ciertas imágenes morbosas: «Mi corazón y mi mente se hallan gravemente turbados —dijo Columba— por una visión que me ha sido otorgada: que al final de los tiempos los hombres asediarán mis iglesias y matarán a mis monjes y violarán mi santuario y asolarán y profanarán mis camposantos»<sup>3</sup>.

Su profecía se hizo realidad tan sólo un par de siglos más tarde, cuando merodeadores vikingos venidos de la costa noruega cayeron sobre los monasterios de Bretaña «como avispas enfurecidas, e invadieron el país en todas direcciones, saqueando, destrozando y asesinando como lobos feroces, no sólo a ovejas y bueyes, sino a sacerdotes, capellanes y coros de monjes y monjas»<sup>4</sup>. Al final, las recientemente instauradas fuerzas de Dios y de Cristo dominaron y subyugaron a los resistentes paganos. Europa pasó a ser un continente cristiano hasta sus fronteras más alejadas. Pero los lobos y las avispas sólo estaban durmiendo en sus cuevas y avisperos, y antes o después volverían a enardecerse.

Algo más de un milenio más tarde, la profecía de San Columba iba a verse cumplida por segunda vez, en esta ocasión a escala global, pero sus antagonistas no pertenecían ya a la clase guerrera de una sociedad pagana sin domar, sino más bien a la juventud acomodada de los países cristianos más civilizados de la tierra.

La conexión entre tales eventos resulta huidiza, y sus detalles han quedado empañados por las neblinas del mito y las alegorías precristianas. El black metal ha adoptado el fuego de Loki y lo ha utilizado como combustible, como carburante para un camino de ida al infierno. ¿Han despertado los aterradores dioses de antaño, sedientos de sangre tras años de letargo...

o se trata simplemente de su último desafío, un *Götterdämmerung* de proporciones wagnerianas, un último jadeo antes de que caiga el telón?

Un historiador de los pueblos germánicos escribió: «No sólo hay un oca-so para los dioses, también una noche profunda, oscura e impenetrable»<sup>5</sup>. Mediante el destello llameante de espadas reales o imaginarias, las legiones del black metal, azuzadas por poderosos impulsos infernales internos, han llevado a cabo su desesperado intento por iluminar la oscuridad. Sus armas son la blasfemia y el fuego, acompañadas de una artillería pesada sónica. Sus métodos y enfoque podrán ser inoportunos, sus tácticas rudimentarias y desconsideradas, pero los inesperados crímenes sin precedentes en los que desembocaron exigen una investigación. Las implicaciones de su comportamiento van mucho más allá de los límites de la música, la cultura juvenil e incluso el esoterismo. Sus experimentos con «el mal» nos proporcionan una oportunidad de comprender el ímpetu dinámico que subyace bajo la destrucción motivada por el odio.

Para poder entender debidamente el presente y el futuro, debemos volver la vista hacia el pasado. De este modo, nuestra exploración de esta moderna erupción de terrorismo musical comienza hace un par de generaciones, antes incluso de que el rock and roll hubiera entrado en escena. Tras un rápido repaso al pedigrí instintivo y visceral del black metal, las demás piezas de la locura encajan rápidamente en su lugar.



# SIMPATÍAS POR EL DIABLO

LOS AQUELARRES DE ANTAÑO HAN VUELTO A LA VIDA BAJO UNA NUEVA FORMA: EL FESTIVAL DE ROCK AL AIRE LIBRE. AMBOS SIRVEN COMO UNA LIBERACIÓN CATÁRTICA DE LAS MONOTONÍAS DE LA EXISTENCIA SECULAR DIARIA. ESOS JÓVENES QUE ACUDEN A LOS CONCIERTOS SON, EN SU MAYOR PARTE, AQUELLOS QUE SE DENOMINAN A SÍ MISMOS CON ORGULLO COMO «LA NUEVA GENERACIÓN», AQUELLOS QUE, IGUAL QUE EL SIERVO EUROPEO, PERCIBEN UNA PROFUNDA DIVISIÓN ENTRE ELLOS MISMOS Y EL SISTEMA. EN LOS CONCIERTOS, IGUAL QUE EN LOS AQUELARRES, ENCONTRAMOS MÚSICA HIPNÓTICA Y PALPITANTE, USO ABUNDANTE DE DROGAS ALUCINÓGENAS, UNA HUIDA HACIA EL ANIMALISMO...

—ARTHUR LYONS, *THE SECOND COMING*<sup>1</sup>

El diablo siempre ha apreciado la música. ¿Qué mejor medio para inspirar, cultivar y propagar su voluntad entre los propósitos de los hombres? La música sirve tanto de bálsamo como de excitante, para amansar al salvaje o despertar pasiones latentes. En términos espirituales, la música es una acción mágica, un vehículo para que el hombre se comunique con los dioses. Dependiendo de a quién invoquen los participantes, esto puede significar elevarse hacia los cielos sobre las voces de los ángeles o hacer surgir a las bestias de los pozos del averno.

Durante estos dos últimos milenios de influjo cristiano sobre el mundo occidental, la música siempre ha representado una cuestión problemática tanto para las autoridades religiosas como para las seculares. Mientras que el canto ha servido a menudo para uncir a los suplicantes, sus palabras y cadencias seductoramente también pueden sembrar con la misma facilidad las semillas de la duda en la mente. Mefistófeles y la musa van de la mano, y las canciones populares de antaño a menudo ensalzan el vino, las mujeres y los cánticos, que no son sino las diversiones del diablo. Muchas de las

canciones más antiguas conocidas dentro de la tradición europea tienen raíces paganas y precristianas, y narran historias de magia, necromancia y superstición. No es de extrañar que la iglesia cristiana hiciera lo posible por intentar sustituir tales canciones del pueblo por himnos que ensalzaran sus iconos e ideales; en cualquier caso, la tradición es dura de matar y tiende a resurgir a pesar de todos los intentos por prevenirla o silenciarla.

Todavía hoy, las autoproclamadas autoridades morales siguen frunciendo el ceño ante el éxtasis de la música festiva y sensual. Durante la primera mitad del siglo XX, el jazz fue considerado particularmente peligroso debido a su supuesto potencial para liberar las pasiones animales, sobre todo entre la incauta población blanca. Escritores teosóficos preocupados por el significado oculto de la música llegaron hasta el extremo de afirmar que la fuerza que estaba llevando el jazz a los clubes nocturnos no podía ser otra que la misma que permite al mal obrar sobre la Tierra. En su libro *La verdadera historia de los Rolling Stones*, Stanley Booth cita un artículo de 1918 aparecido en el *New Orleans Times-Picayune*: «Sobre ciertos temperamentos, el sonido estrepitoso y carente de sentido ejerce un efecto excitante, casi embriagador, como el de los colores rudimentarios y los perfumes fuertes, la visión de la carne o el placer sádico de la sangre. Para ellos, la música jass [sic] es una delicia»<sup>2</sup>. Estas prematuras y amarillentas prácticas disuasorias tuvieron escaso efecto y el jazz fue atrayendo a un público cada vez más elegante con el paso del tiempo.

Más directamente unido al diabolismo que el jazz, pero igualmente imbuido con la potencia de sus orígenes raciales, estaba el blues. Los esclavos negros a menudo adoptaban el cristianismo tras su llegada forzosa a Norteamérica, pero lo fundían con otras cepas religiosas propias, como el vudú. Las referencias a diablos, demonios y espíritus abundan en el blues. La leyenda cuenta que Robert Johnson, uno de los cantantes de blues más influyentes de todos los tiempos, vendió su alma al diablo en un cruce de caminos del delta del Mississippi, y las grabaciones que se conservan de sus evocadoras canciones aportan credibilidad a la leyenda de que Satanás recompensó su pacto con la habilidad de tocar la guitarra. Johnson registró únicamente veintinueve piezas. Algunas de las más famosas son “Crossroads Blues”, “Me and the Devil Blues” y “Hellhound on My Trail”. La plomiza resignación de su música es un genuino reflejo de su existencia. La vida de Johnson comenzó en las plantaciones y consistió en años de jaranear y de tocar en garitos de mala muerte, terminando abruptamente en 1938 cuando, a la edad de 27 años, fue envenenado en un bar, probablemente como resultado de una aventura con la esposa del propietario del mismo. El legado musical de Johnson se

perdería en el olvido hasta los años sesenta, cuando fue reeditado en LP y halló un nuevo y emocionado público entre los músicos de blues rock de la época. Partiendo de las canciones demoníacas del blues del delta, uno puede trazar una línea recta hasta el presente del rock and roll satánico.

## LUCIFER SUBE EL VOLUMEN

En realidad, la mayor parte del rock primerizo (a pesar de la influencia ejercida por Elvis «la pelvis» Presley y los Beatles sobre la juventud), sólo resultaba ligeramente amenazador para el *statu quo*. Su elemento más antisocial provino de los matones y delincuentes que se subieron al carro del rockabilly, pero lo más probable es que estos jóvenes habrían robado coches y habrían apaleado mendigos igualmente, sin importar qué tipo de música hubieran escuchado. A medida que progresaban los sesenta, la experimentación musical se sumó al consumo de drogas y un elemento decididamente más oscuro pasó a primer plano.

Los Beatles parecían directamente modositos al lado de los Rolling Stones, que se regodeaban en su papel internacional de chicos malos; bebedores, pendencieros, icónicos sátiros del exceso sensual. No por casualidad los Stones seguían un linaje musical que se remontaba hasta Robert Johnson y su infernal y pantanoso blues del delta. Los Stones se tomaron en serio su inspiración diabólica, cultivando deliberadamente una imagen satánica que oscilaba entre ponerse máscaras de diablo en fotos promocionales y conjurar títulos siniestros para sus álbumes, como *Their Satanic Majesties Request* («Sus satánicas majestades solicitan») y *Let it Bleed* («Deja que sangre»). Las letras de sus canciones exploraban con ambivalencia temas como la drogadicción, la violación, el asesinato y la agresión. La tristemente célebre culminación de estos coqueteos tuvo lugar en el festival de Altamont, el 6 de diciembre de 1969, capturado inadvertidamente en celuloide en el documental *Gimme Shelter*. Cuando apenas habían transcurrido unos acordes de la canción “Sympathy for the Devil”, se desató un altercado entre los «guardias de seguridad» de los Ángeles del Infierno y varios miembros del público que terminó con el acuchillamiento y muerte de Meredith Hunter, un individuo de color armado con una pistola. El caos violento e infernal de Altamont dejó perfectamente patente que la paz y el amor de los sesenta no iban a sobrevivir la transición a una nueva década.

Al mismo tiempo que los Rolling Stones ascendían a la fama mundial, otros grupos ingleses de rock entraron en escena, trayendo consigo elementos relacionados con lo oculto y la magia negra más desarrollados. El

*flower power* fue un periodo de desesperación espiritual para un gran sector de jóvenes británicos y norteamericanos, que rechazaron el cristianismo de sus progenitores en pos de algo más afín a su naturaleza, lo cual les condujo hacia el misticismo oriental e innumerables cultos y sectas. La moda pasajera de lo oculto, que llevaba aletargada desde las primeras décadas del siglo XX, comenzó a prodigarse de nuevo.

El mago ceremonial inglés Aleister Crowley, apodado «el hombre más perverso del mundo» por la prensa de los años treinta, cobró una mayor preeminencia y ejerció una influencia superior que cuando aún seguía con vida. A través de las películas *underground* de Kenneth Anger, el espectro de Crowley comenzó a arrojar una larga sombra sobre los últimos años sesenta y los primeros setenta. Tanto Mick Jagger de los Stones como Jimmy Page, guitarrista de Led Zeppelin, grabaron sendas bandas sonoras para dos películas de Anger de inspiración crowleyana: *Invocation of My Demon Brother* y *Lucifer Rising*, cuyos títulos traicionan sus preocupaciones místicas. Page desarrolló por Crowley un interés mucho más serio que el coqueteo satánico de los Stones; su colección de libros y manuscritos de Crowley se cuenta entre las mejores del mundo. Page fue además socio inversor en Equinox, una librería de Londres especializada en ocultismo (bautizada en honor del voluminoso periódico de magia editado y supervisado por Crowley entre 1909 y 1914), y durante una temporada incluso llegó a ser el propietario de Boleskine, la antigua finca de Crowley en Escocia, junto al lago Ness. La finca continuó perpetuando su siniestra reputación a pesar del cambio de dueños, a medida que los cuidadores iban siendo ingresados en hospitales mentales o, peor aún, se suicidaban.

Las malas vibraciones iban con el territorio. Hablando sobre su atracción hacia la avasalladora filosofía de Maquiavelo, Page declaró en una entrevista: «Era un maestro del mal, pero no puedes ignorar el mal si, como hago yo, estudias lo sobrenatural. Deseo seguir estudiándolo»<sup>3</sup>. También habló con franqueza sobre la admiración que le suscitaba su mentor espiritual: «Creo que Aleister Crowley es completamente relevante hoy en día. Seguimos buscando la verdad, la búsqueda continúa. La magia es muy importante si la gente es capaz de entregarse a ella»<sup>4</sup>.

Imágenes extraídas de la religión thelémica de Crowley pueden hallarse imbricadas en todos los álbumes de Led Zeppelin, junto a otras influencias procedentes del folklore y la música tradicional pagana anglosajona y escandinava y la mitología de la obra literaria de J. R. R. Tolkien. Si hay un grupo de rock que ejemplifique los temas básicos que más tarde preocuparían a muchas de las bandas de black metal de los noventa, ése es Led Zeppelin. Stephen Davis, autor de la «rockografía»

*Hammer of the Gods*, señala que la música para el tema “No Quarter”, compuesta por Page, «inspiró a Robert [Plant] a escribir una letra con provocativas imágenes de Led Zeppelin navegando como un escuadrón de la muerte vikingo impulsado por los vientos de Thor hacia un espantoso destino satánico»<sup>5</sup>.

El grupo fomentaba tal impresión mediante gracias como la de convertir la fiesta de lanzamiento de un disco en una especie de Misa Negra. El acontecimiento tuvo lugar en las mismas cuevas subterráneas que dos siglos antes habían cobijado los ritos perpetrados por Sir Francis Dashwood y su depravado Club Fuego Infernal. En su momento de gloria, el grupo —y Page en particular— era perfectamente consciente del valor de la mala reputación, igual que lo había sido Crowley en su momento. Como resultado, corrieron los rumores que iban desde el ya tradicional y consabido pacto con el diablo firmado por el grupo a cambio del éxito hasta las historias que vinculaban los experimentos de Page con la magia negra con el fallecimiento del batería John Bonham. De un tiempo a esta parte, los antiguos miembros de Led Zeppelin han intentado quitarle envidia a tales intereses, y Plant y Page incluso han llegado a desdeñar Boleskine como nada más que una vieja «granja de cerdos»<sup>6</sup>.

Que Zeppelin fuese un grupo de heavy metal es algo muy debatible, por mucho que fueran los pioneros de un sonido que, en sus momentos más atronadores, debe ser reconocido como tal. Sobre si Black Sabbath es un grupo de heavy metal no puede haber lugar a dudas. Los Sabbath ralentizaron el esquema del rock contemporáneo con base de blues hasta otorgarle un ritmo siniestro y amenazante que se adecuaba perfectamente a los temas habituales de sus letras: locura, guerra y alienación. El cantante, Ozzy Osbourne, fue un pionero del alarido espectral, y el resto del grupo hizo escasos esfuerzos por dejarse conquistar por los alegres sentimientos que todavía circulaban en boca de los hippies. Sus portadas llevaron la imaginación satánica a su punto culminante en la cultura pop de primeros de los setenta, con estampas como la de unos inquietantes demonios atacando a un hombre dormido en el álbum *Sabbath, Bloody Sabbath*.

Aunque miembros del grupo han manifestado interés por el ocultismo y Ozzy escribió posteriormente (ya como artista en solitario) la canción “Mr. Crowley”, su personal himno a la «Gran Bestia», un examen minucioso de las letras de Black Sabbath no nos descubre una filosofía satánica seria. Al contrario, revela un temor casi cristiano ante los demonios y la brujería. En una entrevista de 1996 realizada por el periodista Steve Blush para la revista *Seconds*, el bajista de Sabbath, Geezer Butler, explicaba qué hay de cierto en la conexión del grupo con lo oculto:

Yo estaba muy interesado porque me criaron en el catolicismo. De niño fui un maníaco religioso. Me encantaba todo lo que tuviera que ver con la religión y con Dios. Siendo católico, todas las semanas oyes hablar sobre el diablo, «Satanás por aquí» y «Satanás por allá», de modo que realmente acabas creyendo en ello. Lo que despertó mi interés fue encontrarme en Londres allá por 1966-67. Se estaba desarrollando toda una nueva cultura y conocí a un tipo que solía vender revistas sobre magia negra. Leí una de ellas y pensé: «Ah, sí. Nunca se me había ocurrido verlo así», desde el punto de vista de Satanás. Empecé a leer cada vez más; leí muchos libros de Dennis Wheatley, tratados sobre planos astrales. Había vivido personalmente cantidad de experiencias similares desde niño y por fin había encontrado algo que las explicaba. Lo cual me llevó a leer sobre cualquier tema relacionado: magia negra, magia blanca, todo tipo de magia. Descubrí que el satanismo era anterior a las religiones cristiana y judía. Es un tema increíblemente interesante. Me fui adentrando en el aspecto más oscuro y empecé a colgar cruces invertidas en las paredes e imágenes de Satanás por todas partes. Pinté mi piso de negro. Me estaba empezando a involucrar demasiado y empezaron a sucederme todo tipo de cosas horribles. Llega un momento en el que te acabas metiendo de lleno en el rollo y te olvidas por completo de Jesús y de Dios. «¿Vas a hacerlo? ¿Sí o no?». No, no lo creo<sup>7</sup>.

El coqueteo de Black Sabbath con el mal, filtrado hacia sus fans a través de una neblina de barbitúricos y Quaaludes, los consagró como grupo conectado a una corriente oscura. Igual que sucedió en el caso de Led Zeppelin, la imagen siniestra caló hondo y seguiría acompañándolos para siempre. A pesar de que no contaban con el respeto ni el apoyo de la prensa, Black Sabbath llenaba estadios por todo el mundo, dejando su marca en jóvenes impresionables que llegaban como enjambres para castigarse los tímpanos en aquellos rituales de volumen y sonido atronador.

Grupos menos conocidos que Black Sabbath, como Black Widow y Coven, podían permitirse ser incluso más obsesivos con su imaginiería. El sexteto inglés Black Widow editó tres álbumes de diáfano rock duro entre 1970 y 1972 para acabar apareciendo más tarde como nota a pie de página en libros sobre la historia del ocultismo en la cultura pop. El estribillo en forma de cántico de su canción “Come to the Sabbat” evoca imágenes de sus conciertos, en los que llevaban a cabo un falso sacrificio ritual como parte del espectáculo. Más allá de algunos relatos fragmentarios de tales eventos y de las escasas grabaciones y fotografías que dejaron a su paso, Black Widow permanecen ocultos tras un velo de misterio.